



REBECA

De Dolores Reyes

Han transcurrido ya diez años desde la noche en que Úrsula, por precaución, separó a Rebeca del resto de los niños porque había pasado del vicio de la tierra a la enfermedad de la vigilia permanente, y a diferencia de Aureliano, Úrsula temía que el insomnio se contagiara, propagándose hacia el resto como una peste.

Una década después y todavía nadie puede quitar del cuerpo de Rebeca las desgracias que la flagelan, pero la muchacha ahora quiere regresar del insomnio de los ojos amarillos a su primer vicio: atragantarse con la tierra que sostiene a Macondo.

De pie, parada enfrente de la ventana de su habitación, siente el llamado de la naturaleza desbordada y Rebeca tiembla. Desea salir pero no se lo permiten.

Úrsula, su eterna carcelera, entra en su dormitorio para hacerle una advertencia:

-En una de esas, Rebecca, te embarazas de la tierra que comes a escondidas. ¿A quién parirás entonces, enloquecida sobre un lecho de Macondo?

Rebeca sonríe y se acaricia el vientre sobre el cual ningún hombre se atrevió a posar sus manos. Tampoco sus labios han sido besados aún, no por falta de belleza sino por el temor que infunde su presencia en todos los habitantes del pueblo.

-Con la tierra empezó Macondo. Todo esto no era más que un caserío de barro y cañabravas en el que vivía un puñado de los nuestros. Pero la magia también estaba acá desde el primer momento, ¿Por qué no me iba a dejar preñar por esa tierra originaria?

Úrsula se enoja como si las palabras de Rebeca fuera una afrenta personal y avanza por la habitación hacia ella como si fuera a zamarrearla, pero se detiene a su lado, sin llegar a tocarla.

-Muchacha ¿Por qué niegas a tu cuerpo el abrazo del primer hombre? ¿Por qué te cierras al amor que todo lo conquista, aferrándote a la oscuridad de la tierra?

Rebeca deja de mirar a través de la ventana y sonríe con un halo de tristeza. Sabe que Úrsula nunca va a poder entender el certero lazo que anuda sus palabras a sus actos: -Yo siempre recordaré que la tierra de Macondo fue mi primer amor verdadero.

Úrsula da algunos pasos para atrás mirando fijamente a la muchacha. Ya cercana a la puerta de la habitación, vuelve a hablarle. El enojo a abandonado su voz, que vuelve a sonar piadosa:

-Diez años es mucho tiempo para todos, todavía más si se los atraviesa sin dormir. Tu razón ignora el significado de tus palabras. Debes descansar, Rebeca, confiada como yo lo estoy de que una buena noche te devuelva el juicio.

Rebeca suspira y mientras espera escuchar el ruido de la puerta al cerrarse, piensa en José Arcadio Buen Día, en su rostro distendido y en sus bromas ante el insomnio:

-Si no volvemos a dormir, mejor. Así nos rendirá más la vida.

Con él todo era más fácil, incluso en los tiempos de sus noche interminables, pero Úrsula parece obsesionada con ella. Siempre se encarga de su vigilancia en persona o deja a un par de sirvientes la labor con una orden bien precisa: Rebeca no debe atravesar los límites de la casa.

La muchacha baja la cabeza resignada y empieza a quitarse su vestido. Sabe que hasta pisar su propio jardín se le prohíbe.

Busca a tientas un camisón que resalta por ser del color de la luna y cubierta por él se dirige a su cama. Se acuesta y aunque tarde en dormirse, no intenta escapar.

Se despierta cuando el sol todavía no acaba de ganarle a la oscuridad del mundo. Abandona su cama en un movimiento enérgico que la lleva hasta la ventana. La Luna es solo un recuerdo que resplandece en la tela que abraza su cuerpo. No ve a nadie en el jardín y decide intentarlo. No se calza porque quiere evitar que los que todavía duermen escuchen el ruido de sus pisadas, toma un chal tejido para protegerse del frío y del rocío que está por caer y lo echa sobre sus hombros. Se acerca a la puerta y baja el picaporte despacio. Para su sorpresa su carcelero se ha quedado dormido con la cabeza apoyada contra el marco de la entrada. Rebeca sonríe por primera vez en el día mirando las facciones del sirviente que apenas tiene unos años menos que ella. Es casi un niño y duerme profundamente. Sin la menor dificultad, Rebeca levanta su camisón por arriba de sus rodillas para poder pasar por arriba del adolescente que parece soñar con algo, porque mueve los labios como si quisiera hablar y emite un murmullo incompresible.

Rebeca escapa a paso seguro por los corredores de la casa que casi nunca puede atravesar en libertad. Todo su cuerpo siente el llamado desde abajo del jardín que desborda en vegetación y bichos curiosos.

Gracias al último aliento de la noche, logra escapar de los límites de la casa.

Ahora Rebeca ronda en la vigilia del mundo. Sus ojos abiertos amarillean como los de un gato en la oscuridad esperando que se acabe el primer patio y una vez más, como si fuera una sonámbula maldita, se dobla hacia adelante para escabullirse en cuatro patas por el jardín salvaje hacia la tierra que sostiene a Macondo.